



dad de Teología de México, con una amplia exposición doctrinal sobre Alonso de la Vera Cruz, Bartolomé de Ledesma y Pedro de Pravia.

La última lección constituye una destacada novedad, y abre el panorama de la Historia de la Teología al mundo americano, ya desde los comienzos de la época colonial. La presencia de la teología latinoamericana en la manualística, con motivo de las polémicas sobre la teología de la liberación, es indiscutible; lo nuevo consiste en incorporar a los cursos universitarios el acervo teológico americano de los comienzos. De momento, el Autor se circunscribe a México, puesto que el límite *ad quem* de su libro es finales del siglo XVI. Esperemos que en el segundo volumen, que habrá de comenzar en el XVII, tenga en cuenta la importante aportación de la Universidad de San Marcos, que alcanzó su esplendor teológico en el seiscientos.

En esta monografía no están, es obvio, todos los grandes teólogos católicos. En cualquier caso, están los más significativos del período, aunque algunas ausencias son sensibles: por ejemplo, Pedro Abelardo, con su incuestionable espíritu combativo e innovador; o Nicolás de Cusa, teólogo de recia personalidad, precursor de tantos debates, como la discusión sobre el agnosticismo teológico. Pero, las razones de la selección son claras, y el lector debe de convenir en que, sobre la base de tales criterios, los autores han sido bien elegidos: todos ellos han dialogado con su época y han establecido pautas de reflexión teológica para los contemporáneos. Orígenes, en efecto, ha tenido presente el medioplatonismo y el gnosticismo; Agustín, el neoplatonismo y el academicismo romano; Anselmo de Bec, la dialéctica y la discusión sobre los universales; Tomás, el peripatetismo arabizante; los tres franciscanos, el agustinismo aviebronante y el carisma fundacional del Poverello; Cayetano,

el racionalismo averroísta paduano; y los tres novohispanos, el contexto del nuevo mundo americano. Los once, por consiguiente, representan modelos de inculturación o, en términos más llanos, de diálogo con las circunstancias de su siglo. Esto constituye evidentemente un estímulo para las jóvenes generaciones de teólogos de nuestra época, y justifica plenamente su elección para un curso de «grandes maestros de la Teología». El alumno tiene garantizado que aprenderá mucho siguiendo el itinerario de cada uno de ellos. Y el especialista tendrá a la vista una interpretación original y profunda del talante teológico de once maestros importantes, que le llevará a reflexionar sobre uno de los problemas más acuciantes de nuestra época: la inculturación de la fe en lo que algunos han denominado «postmodernidad».

Por último, señalar que la obra se enriquece con un cuidado índice onomástico, y que la bibliografía recogida por el A. es amplia y actualizada, con frecuentes referencias a publicaciones de 1993.

M. Lluch-Baixauli

Laurence K. SHOOK, *Étienne Gilson*, trad. ital. y pres. de Inos Biffi, Jaca Book («I Medievalisti», 1), Milano 1991, 496 pp.

El Prof. Shook, que fue presidente del Instituto Pontificio de Toronto en la década de los sesenta, ha escrito una biografía encomiable de Gilson. Publicada en inglés por el Pontifical Institute of Mediaeval Studies, en 1984, ahora se edita en Europa con una brillante presentación del Prof. Inos Biffi, de la Facultad de Teología de la Italia Septentrional y codirector, con Costante Marabelli, de la «Biblioteca di Cultura medievale». La versión italiana ofrece también otra importante novedad: frecuentes notas con asteris-



co (*), tomadas de los recensores de la edición canadiense, principalmente del recientemente fallecido Prof. Fernando Van Steenberghe, precisando algunas afirmaciones de Shook, concretamente las relaciones de Gilson con los círculos medievalistas lovanieneses. En su introducción, Biffi cae en la tentación —¡cómo no!— de entrar en la discusión acerca de la «filosofía cristiana», tema que, como se sabe, y queda suficientemente subrayado en la biografía, constituyó uno de los asuntos centrales en la vida intelectual de Gilson.

Esta biografía es magnífica, y su interés va en aumento a medida que progresa la vida de Gilson. Al principio tiene un *tempo* más bien lento —son los años de la infancia y juventud—; pero, a medida que Gilson entra en su madurez, sobre todo a partir de la década de los veinte, el libro apenas puede dejarse, y eso que es voluminoso en extremo. Pasan a la vista del lector sus actividades universitarias (La Sorbonne, El Colegio de Francia, la fundación del Pontificio Instituto de Toronto, sus cursos en USA e Inglaterra, etc.); sus intervenciones en la Académie Française; su vida pública (la ONU [Conferencia de San Francisco], la UNESCO [1945 y 1946], sus posición neutralista ante la OTAN y el *affaire* Gilson de los años 1950-51, que tanto pesar le causó, las embajadas representando a Francia); su colaboración con el MRP y su desengaño de la política; la intervención en la prensa, desde primera hora; etc. Sus relaciones con Chenu, De Lubac, Marcel, Maritain y tantos otros, siempre fluidas; y sus problemas con Boyer, Garrigou-Lagrange y algunos teólogos romanos, y con los filósofos de Lovaina.

Pero, sobre todo, interesa la génesis de sus libros. En esta biografía se ven nacer y crecer, hasta madurar, las grandes monografías sobre Tomás de Aquino, Buenaventura, Agustín de Hipona, San Bernardo,

Juan Duns Escoto, Dante, etc., desde su temprana tesis doctoral sobre Descartes; y los libros de síntesis, entre ellos especialmente *El espíritu de la filosofía medieval* (1932), *La unidad de la experiencia filosófica* (1937), *El ser y la esencia* (1948) y tantas otras monografías que han sido libros de iniciación a la medievalística para muchas generaciones, y todavía ahora.

Un aspecto inédito de Gilson, y que aquí aparece reflejado nítidamente, son sus relaciones familiares, sobre todo con su esposa Thérèse, y el nacimiento y vida de sus hijos: la decepción por la soltería de sus hijas y las dificultades con su hijo. La vida afectiva de Gilson, vertida en las cartas de amor a su esposa, constituye un episodio importantísimo para comprender la sensibilidad del gran filósofo francés. Lástima que Shook no haya explotado más todavía esta vía, que se va apagando —en el relato— a medida que Gilson se transforma en hombre público.

Muy interesante, también, y bien resaltado por Shook, es el apostolado doctrinal de Gilson. El medievalista francés tomó progresivamente conciencia de la importancia de este apostolado, si así se puede decir. O sea, se percató cada vez más, a medida que transcurrían los años, de la importancia de su presencia en la escena pública para defender valores humanos y cristianos. Fue, por ejemplo, un tenaz luchador en favor de la libertad de educación. Toda su obra constituyó, es preciso reconocerlo, un gran apostolado cultural, desde que se propuso introducir las enseñanzas sobre filosofía medieval en La Sorbonne, pasando por las polémicas sobre la filosofía cristiana, hasta su descubrimiento del *actus essendi* tomista.

En definitiva: una biografía que todo medievalista debería conocer a fondo y haber meditado.

J. I. Saranyana